

Donde habita el olvido

Este trabajo comenzó a escribirse la mañana del 1 de julio del año 2003, aunque yo no lo supe hasta mucho tiempo después. Ese caluroso día me dirigía hacia Toledo acompañada por la entonces subdirectora de Museos, doña Marina Chinchilla, para tomar posesión de mi puesto como directora del Museo del Greco. Con poco más de treinta años y completamente inconsciente de lo que significaba el nuevo cargo, sus enormes dificultades y la ardua labor que me esperaba, charlaba distraída y pensaba en la presentación ante el personal del centro y en cómo enfocar el nuevo proyecto, ajena al hecho de que lo primero que tendría que afrontar sería el desagradable incidente de que la antigua y cesada directora —a la que iba a sustituir— seguía en el despacho aferrada al sillón que se suponía que yo iba a ocupar ese día. Y así fue mi llegada al centro: hostil, difícil, envenenada y llena de trampas, para hacer una vez más realidad las proféticas palabras del creador del museo, al que había llamado *su eterna cabronada de Toledo*. En los años siguientes no puedo decir que la cosa mejorara sustancialmente, pero tras meses leyendo, paseando, viendo los fondos y el edificio e investigando en el archivo, me di cuenta de que aquel museo pequeño, caduco, abandonado y marchito era especial. La decadencia que hacía mella en él desde los años ochenta no había conseguido borrar la memoria de que en un momento de su historia fue un proyecto moderno y vanguardista, que llegó a competir con la primera pinacoteca española, el Museo del Prado, por presentar en sus salas la pintura nacional. Entre sus paredes todavía se oían los susurros de Sorolla, de Huntington, de Cossío, de Ortega y Gasset. En su cocina todavía resonaba la risa socarrona de Alfonso XIII y la voz meliflua del marqués de la Vega-Inclán. Y en sus paredes se intuían, mal iluminados, los colores de los cuadros del Greco que traían a la granítica ciudad del Tajo el mar de Creta, la luz de Venecia y los mitos de Roma.

Con la inteligente y despreocupada compañía del único conservador de museos que tuvo la imprudencia de sumarse al proyecto —don Luis Caballero García— y la ayuda de unos pocos amigos, entusiastas contratados, becarios, sin apenas medios, reciclando ordenadores viejos del almacén del ministerio que trasladé en mi coche para poder empezar a trabajar, muy poco tiempo y muchos problemas, logré hacerme

una idea bastante aproximada de lo que aquel museo había sido y de lo que podría llegar a ser. Y una noche, discutiendo con Luis «el optimista» en un bar —siempre animados por don Santiago Palomero, en ese momento subdirector del vecino Museo Sefardí y dispuesto a unirse a cualquier intercambio museológico o festivo— sobre el proyecto de exposición permanente con el que queríamos dotar al centro, lo decidí: haría un museo y haría una tesis doctoral¹ sobre ello. La fuerza de la juventud, lo interesante del proyecto, la oportunidad única de remodelar un museo nacional, la ilusión del funcionario novato —todavía no aplastado por la implacable maquinaria de la Administración— y el ambiente efervescente ayudaron bastante a tomar la decisión y aún hoy, casi quince años más tarde, me pregunto por qué no me fui a mi casa antes de esa última copa y de esa decisión.

Nunca pensé en trabajar sobre el pintor griego, jamás me planteé una tesis doctoral sobre museos y ni remotamente imaginé que acabaría viviendo en Toledo. Supongo que el Greco hacia 1588 pensó algo parecido —¿*Cómo demonios he acabado aquí?*— y, a pesar de todo, inexplicablemente, aquí estamos, el Greco, el museo, la ciudad y una servidora. Herrumbosos, pero todavía en pie. Ha pasado más de una década desde que comencé con este trabajo y muchas vicisitudes: un proyecto, una obra, un juicio, un cese, una gerencia, siete exposiciones, tres catálogos, varios congresos, decenas de publicaciones, el estudio y catalogación de toda la colección, la informatización del museo, un año en Roma, un puñado de amigos, colegas, enemigos, indiferentes, prensa, comisiones, másteres... Y seis ministros, cuatro o cinco secretarios de Estado, ocho directores generales, cuatro subdirectores de museos, seis consejeros de Cultura, delegados del Gobierno, alcaldes, presidentes de fundaciones, presidentes de bancos, caciques locales, autonómicos y estatales y un largo etcétera de políticos y factótums a los que poco o muy poco ha interesado el museo, el Greco y lo que representaba para la ciudad, el turismo y la cultura nacional. A pesar de ello, el museo y yo les hemos sobrevivido a todos lo bastante como para redactar este trabajo y devolver a la vida —al menos durante la lectura de estas páginas— a toda una galería de personajes que dieron voz a la España que trataba de emerger hacia 1900.

Quiero agradecer a todas las personas que de manera directa o indirecta han colaborado en el trabajo su ayuda. Son muchas y no puedo mencionarlas, pero en los momentos de flaqueza estas líneas no hubieran visto la luz sin el apoyo de todas ellas y sin el generoso patrocinio del Consorcio de Toledo, donde están representadas todas las administraciones públicas. De esta manera, todas ellas participan un poquito de la edición de este libro en la prestigiosa editorial Trea.

¹ Este libro nace de la tesis doctoral leída en diciembre del 2014 en la Facultad de Geografía e Historia de la Universidad Complutense de Madrid y que obtuvo la máxima calificación.

Y, aunque es poco ortodoxo, quisiera dedicar este libro a un hombre y a una mujer que vivieron en Toledo, lucharon por mejorar su siglo y fueron aplastados por el lado más reaccionario de la sociedad del momento. Carmen de Burgos (Colombine) fue la primera mujer española reportera de guerra. Cubrió la de Marruecos en 1909 y sus agrios artículos fueron causa de su traslado a Toledo, como castigo. Rugió la caverna. En «la ciudad de los cristos» sobrevivió varios años dando clases en la Escuela Normal de Magisterio y denunciando el saqueo de sus obras de arte. Allí coincidió con otro gran olvidado, el novelista navarro Félix Urabayen, su director. Urabayen denunció como pocos el expolio artístico de la ciudad y las lacras de la clase política. Acabó represaliado en la guerra civil y hasta el año 2014 la saña persecutoria impidió la reedición de sus obras. A Colombine jamás se le perdonó su inteligencia, su amancebamiento con Ramón Gómez de la Serna y la independencia de la que hizo gala toda su vida, la misma que Urabayen. Cierro esta presentación con estrofas de tres poetas que cantan, a lo largo del intervalo temporal que abarca este trabajo, a los lugares *donde habita el olvido*. Siempre pienso en ellos cuando atravieso la puerta del universo mágico de una casa museo.

¿Adónde voy? El más sombrío y triste
de los páramos cruza,
valle de eternas nieves y de eternas
melancólicas brumas;
en donde esté una piedra solitaria
sin inscripción alguna,
donde habite el olvido,
allí estará mi tumba.

Gustavo A. BÉCQUER

Donde habite el olvido,
en los vastos jardines sin aurora;
donde yo solo sea
memoria de una piedra sepultada entre ortigas
sobre la cual el viento escapa a sus insomnios.
[...]
Allá, allá lejos;
donde habite el olvido.

Luis CERNUDA

Y la vida siguió
como siguen las cosas que no

tienen mucho sentido.
Una vez me contó
un amigo común que la vio
donde habita el olvido.

Joaquín SABINA

En Toledo, madrugada del Día del Corpus de 2017